

1000  
53

¡GLORIA A JÉRICA!

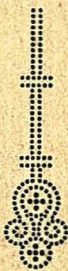


RIMAS

POR

D. FRANCISCO MONTERDE  
MONZONÍS

DIRECTOR DEL GRUPO ESCOLAR "BALMES,"  
DE VALENCIA, Y DIRECTOR CORRESPONDIENTE  
DEL CENTRO DE CULTURA VALENCIANA



VALENCIA.—1922

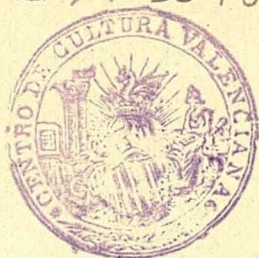
LIBRERIA DE V. FERRANDIS

SAN VICENTE, 70

8

101110035250

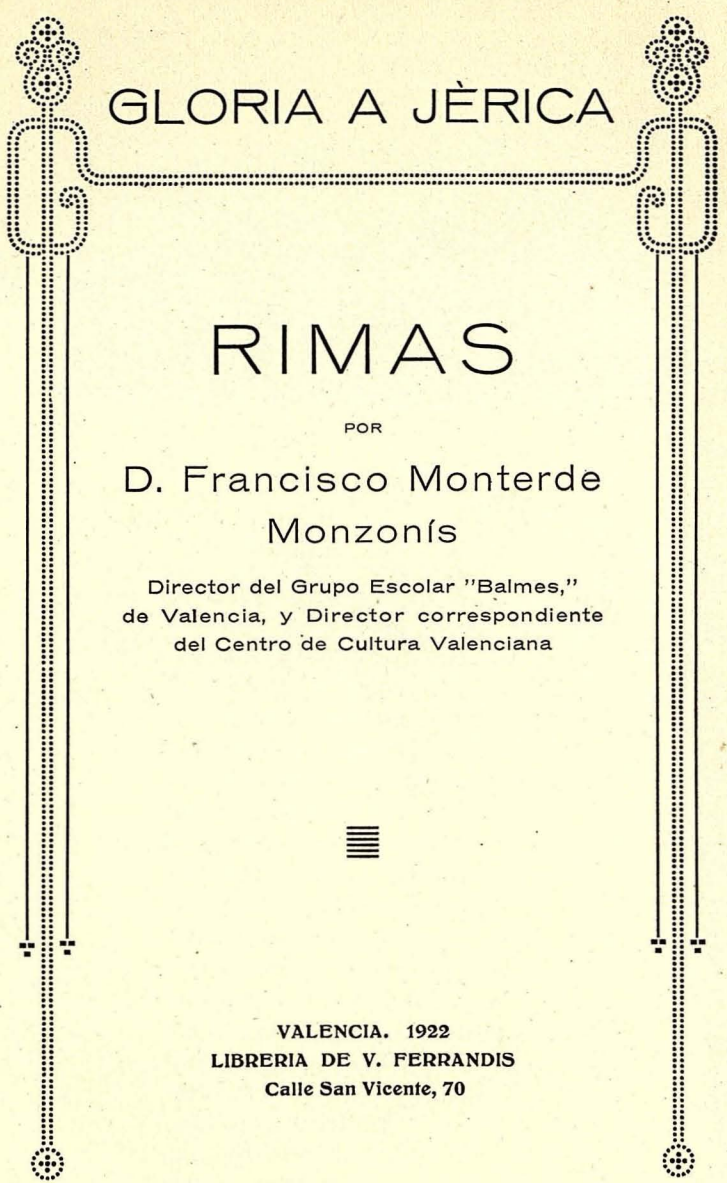
FRXX/36.78



GLORIA A JÉRICA



GEORGE A. BRUCE



GLORIA A JÈRICA

RIMAS

POR

D. Francisco Monterde  
Monzonís

Director del Grupo Escolar "Balmes,"  
de Valencia, y Director correspondiente  
del Centro de Cultura Valenciana

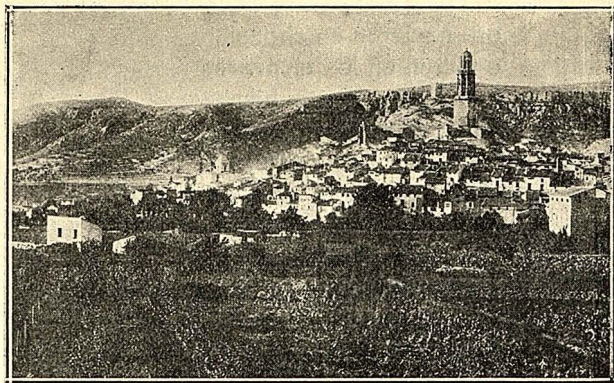


VALENCIA. 1922  
LIBRERIA DE V. FERRANDIS  
Calle San Vicente, 70



PLAZA A. LEON

RIVAS



## CANTO PRIMERO

---

# Salutación a Jérica

Madre y patria son dos voces  
de valores inefables:  
por ambas lloran los hijos  
en apartados lugares;  
que Dios pone en cada pecho  
un corazón para que ame  
a su madre, pobre o rica;  
a su patria, chica o grande.  
Si perlas crían las conchas  
en el seno de los mares,  
y en el campo siempre el lauro  
mantiene verde el follaje,  
los fuertes quieren lograrlos;  
y con espadas tajantes  
cercenan de extrañas manos,  
enemigas o rivales,  
esos trofeos gloriosos,  
presea de los leales,



ora nacieren en chozas,  
o vieren en los alcázares  
la luz primera que hiere  
por igual a los mortales.  
Y tú, Jérica eminente,  
cuya historia es admirable;  
¿quién me indicará tus fastos?  
¿quién cantará tus anales?  
Todos tus hijos lo quieren,  
todos de ello son capaces;  
si alguno cía por débil,  
en tu amor se hallan iguales.  
Si aquí se meció mi cuna,  
sepulto yace mi padre;  
y plegue a Dios que mi sombra  
de la suya no me aparte.  
Yo crecí friscando alegre  
por tus plazas y tus calles,  
canté como el pajarillo  
canta libre entre el ramaje,  
y templé mi sangre moza  
con los límpidos cristales  
que bebí de tus fontanas,  
claras, frescas y abundantes.  
Vi tus montes, crucé el río,  
subí a la Muela anhelante  
para hallar punto propicio  
del que poder contemplarte,  
¡oh, mi patria! con tu vega,  
tu Palancia y tus baluartes.

## CANTO SEGUNDO

Etobesa <sup>(1)</sup>

Veinte millas al norueste  
de Sagunto, está Etobesa.  
¿Quién fundaría este pueblo  
con nombre tal, que embelesa?  
Habría que preguntarlo  
a su formación hebrea:  
de las raíces—He Toba—  
la Bienhechora, hay certeza  
de que proviene ese nombre  
que al oído tan bien suena.  
Ciertos autores divagan  
sobre la infancia de Jérica,  
vano empeño: fueron celos  
de su esplendor y nobleza.  
Uno la llama Serábica,  
trayendo aquí con torpeza  
al Serapis que discurre  
regando fértiles huertas  
desde Alcoy hasta Gandía;  
y se equivoca con Mela  
al nombrarlo, antes que al Turia  
y al que fina por Cullera.  
Otro, menos inocente,  
llama a Jérica «Laxeta»;  
dejando para Llansol  
el resolver el problema.  
Las medidas astronómicas  
que Tolomeo presenta



alejan cualquier error  
sobre la antigua Etobesa,  
su solar y emplazamiento,  
su amplitud y fortaleza.  
¿Y qué pasó en aquel tiempo,  
que así lo callan las letras?  
Pues bastante, que los Livios  
los Tácitos y los Sénecas,  
como a excelentes romanos  
se callaron con su cuenta.  
Salomón cobró tributos  
en la comarca de Edeta;  
y Adon-Hiran, su ministro,  
que murió en esas empresas,  
en Sagunto y bajo lápida  
este suceso recuerda,  
justificando al hebreo  
que dió su nombre a Etobesa.  
Aquesta ciudad ilustre  
que a Sagunto vió aun sin puertas,  
hermana de Segobriga,  
las tres, vecinas de Edeta,  
a un tiempo, Aníbal trinnfante,  
a su carro las sujeta.  
Más tarde la fuerte Roma  
con sus legiones comienza  
la gran conquista de Hispania,  
y a su imperio fué Etobesa.  
Vino Sertorio a estos campos,  
y con Pompeyo pelea:  
¡ay de Sucro, ay de Laurona  
ay de Sagunto la Nueva!  
¡Cuánta sangre generosa  
de hispanos riega la fierra!  
Y vencido el buen Sertorio,  
busca refugio en la sierra;  
y las villas que el Palancia,

tan fértil, sus muros besa  
dan asilo y refección  
a Sertorio y a sus fuerzas.  
En una roca famosa,  
donde el águila sesteá,  
la víctima de Metelo  
al descanso pide fregua.  
Al pie de la roca ingente  
extendida está Etobesa,  
como rebaño de ovejas  
en redil de triple cerca.  
¡Cuán tarda llega la noche  
para el odio de Perpenna!  
Se simula una victoria  
para libar en la cena;  
pero aquellos conjurados  
fingiendo la borrachera,  
echan mano a los puñales  
que contra Sertorio asestan;  
y el caudillo que en España  
introdujera la ciencia,  
disciplina en los ejércitos,  
padres concriptos en Huesca,  
leyes agrarias de Graco,  
con la justicia plebeya,  
muere a manos de traidores  
sin sangre hispana en las venas.  
Y al morir el gran patricio,  
pagó la ciudad ingenua  
su sertoriana amistad,  
¡cómo se paga en la guerra!  
Que volviese a ser poblada  
es cosa bien manifiesta;  
en valle tan bien regado,  
con eterna primavera,  
y en el camino obligado  
de Zaragoza a Valencia,



siempre habría pobladores  
que gozasen sus riquezas.  
Llegó la irrupción odiosa  
de la bárbara ralea  
que dejó manchas de sangre  
arrasando sus defensas;  
pero con el islamismo  
rejuveneció esta perla,  
y entonces fué designada  
con el nombre de la Xerca.  
Hubo aquí estudios mayores  
con reputadas escuelas;  
y aquí reinaron emires  
en completa independencia.  
Luego vino la conquista,  
cambiándose los emblemas:  
en vez de la media luna,  
culminó la cruz en ella.  
¡Oh, sombras de alto renombre,  
que vagáis por esas piedras!  
En las torres y murallas  
el sol grabó las siluetas  
de Jaime, Pedro y Martín  
que honraron la realeza;  
como en remotas edades,  
del que fué vencido en Hiera,  
de Aníbal y de Sertorio (2),  
de Pompeyo y Julio César:  
si aquellos la hicieron corte,  
estos magna fortaleza.  
¡Cómo me ofusca la gloria  
que circunda esta grandeza!  
Ayer, ciudad con acrópolis,  
después, las togas pretextas;  
donde llamamos la Sala,  
al procónsul nadie espera.  
Más tarde las odaliscas,

donde hoy se asienta la iglesia,  
al emir hacían grata  
la sombra de la gran fuerza.  
Vinieron los de Aragón  
plantando aquí su bandera;  
y al hijo tan discutido  
de la famosa Teresa  
brillo y renombre concede  
el titularse de Exérica.  
Después cayó en malas manos  
de tiranos, cual Zarzuela;  
hasta que fué incorporada  
a la corona; y despierta  
para sentarse en las Cortes  
generales de Valencia.  
Aquí el de Berwik consigue,  
aunque duque ya lo fuera,  
otro ducado, por premio  
de militares proezas;  
y el Marqués de Novaliches  
también lució dos veneras,  
pues Conde del Rabosal  
al mismo tiempo se menta.  
Si los hijos de los reyes,  
sino los grandes en la guerra  
abrilantán sus blasones  
con reflejos de esta tierra...  
¿cómo no sentir orgullo  
los que nacimos en ella?



## CANTO TERCERO

Al castillo <sup>(3)</sup>

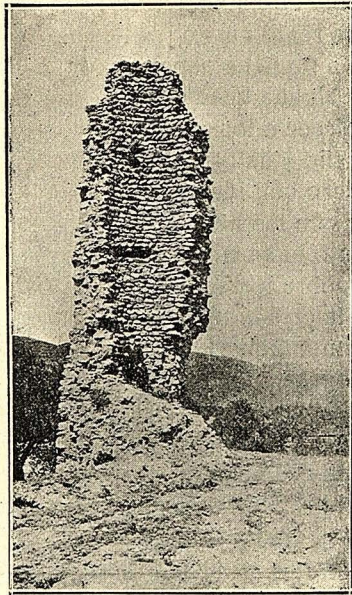
Ya vienen los toros,  
niñas jericanas,  
huid de la calle,  
subid al balcón;  
que yo, temeroso  
de alguna embestida,  
me subo al castillo  
en busca del sol.  
Ya estamos en la era  
del limbo gentil,  
do yace sepulto  
algún gran señor,  
de aquellos romanos,  
de aquellos caídes  
que en la espada habían  
derecho y honor.  
Extiendo la vista  
buscando las torres  
que a trechos subían  
del muro al favor;  
y no hallo otra cosa  
que piedras negruzcas  
y blanca argamasa  
en friste montón.  
Sólo en lo más alto  
en pie se sostiene  
cual viejo gigante  
la torre mayor,  
la del Homenaje,

que un tiempo sirviera  
cual alto baluarte  
de regio pendón.  
Ya no tiene almenas,  
y alguna hendidura  
ofrece a los pájaros  
asilo y calor;  
pero con las lluvias  
y con las heladas  
la raja se ensancha...  
¡pobre torreón!  
Me causa tristeza  
tan injusta ruina,  
lograda sin pugna  
de marcial valor:  
fueron las piquetas  
las cuñas tajantes,  
el bronco barreno  
y el ancho azadón,  
los que en lucha artera  
dieron al castillo  
con torpe osadía  
final tan atroz.

\* \* \*

Se fueron los toros  
siguiendo al cabestro;  
ya podeis, hermosas,  
bajar del balcón,  
andar por las calles  
tras de las rondallas,  
y oír de los mozos  
palabras de amor;  
que yo, entristecido  
de ver tanta ruina,  
con vuestra alegría  
mataré el dolor.





CANTO CUARTO

---

La torre de los Hordaces (4)

Solitaria se levanta  
 en medio del ancho valle  
 que el río Palancia riega  
 la torre de los Hordaces.  
 Del castillo jericano  
 centinela vigilante,  
 los vergeles de su huerta  
 custodiaba hacia levante.  
 Ya no coronan su altura  
 las almenas militares

ni ondean libres al viento  
los sedosos estandartes.  
Cabe su erguido espigón  
yerran sombras funerales  
de los Barcas que fundaron  
torres, puertos y ciudades.  
De Tiro y Sidón progenie,  
de Neptuno en los alcázares  
hallaban fuerza y tesoros  
con que cargaban sus naves.  
No contentos de riquezas,  
de palacios y de altares,  
soñaron con ser los dueños  
de las tierras y los mares.  
Mas si en Sagunto y en Cannas  
Aníbal brilla un instante,  
la loba del Ruminál  
lactando hijos a millares,  
al tritón hundiólo en Hiera,  
de Asdrúbal bebe la sangre,  
de Capua auyenta al león  
y en Zama hiere a la madre.  
Desde entonces esta torre  
suspira en vano a sus lares,  
y corre la misma suerte  
que su hermana en los Novalés:  
cual esqueletos de piedra  
en pie se alzan suplicantes;  
y semejan estos sífios  
osario de las edades.  
En tiempos de la conquista  
eran fortalezas árabes;  
¿dónde estaba la poterna  
por la que entraban audaces  
los intrusos moslemitas?  
¡No quedan ni las señales!  
Mas el rey Jaime primero



con sus mesnadas reales  
 arrancó la media luna  
 de estas ruinas seculares.  
 Esta es la obra de los hombres:  
 castillos inexpugnables  
 y torres, blanco del rayo,  
 son como ellos tan mudables.  
 Hija fué, pues, de Cartago  
 que, al son de los atabales  
 y los ecos jubilosos  
 de clarines resonantes,  
 levantaba fortalezas,  
 al parecer perdurables;  
 pero el tiempo y su poder  
 dislocaran los sillares  
 que hoy se ocultan humillados  
 entre abrojos y zarzales.

### CANTO QUINTO

## La Cruceta <sup>(5)</sup>

Aquí estuvo el rey D. Jaime,  
 aquí levantó sus tiendas,  
 y este cristiano peirón  
 el fausto caso recuerda.  
 Desde aquí admiró aquel rey  
 la villa y su fortaleza  
 con tres cercos de murallas  
 y una torre por diadema.  
 Vió los campos dilatarse  
 del río en ambas riberas,  
 formando la verde alfombra  
 que adorna la ingente peña  
 en que aparece sentada

Jérica como una reina.  
Absorto estaba el buen rey  
ante tan rica presea,  
cuando soplara la brisa  
que aun fresca de la mar llega,  
inclinando los frigales  
y el ramaje en la arboleda.  
Vibró el aire entre las hojas  
y al rozar con las almenas,  
entonando el himno sacro  
que los pájaros corean,  
cuando con la luz del día  
la Natura se despierta.  
Esta fué la melodía  
que sonara placentera  
en el valle y en las cumbres,  
al ondear la Señera  
frente a la plaza morisca  
que estaba armada y alerta,  
correspondiendo al alarde  
con el pendón del Profeta.  
Los afabales guerreros  
en el real pronto suenan  
llamando a los mesnaderos  
de ancha espada y fina flecha,  
pues las puertas de la villa  
son de par en par abiertas.  
Los indómitos musulimes  
provocan la primer prueba  
del valor de los cristianos,  
y se entabla la pelea.  
Es vencida la morisma  
por el rey en buena guerra:  
y tanto los hechos nobles  
dejan tras sí hondas huellas,  
que, de la Pugna las gentes  
designan aquellas eras.



Los montes del sur vió el rey  
 con sus pinos y maleza,  
 y al ciervo paciendo ledo  
 entre el castillo y la Muela.  
 Al noruésfe vió los cerros  
 que partén en dos la vega;  
 del río que por poniente  
 tranquilo al muro se acerca  
 vió las aguas saltar locas  
 por encima de la presa,  
 y correr por el hocino  
 hacia el mar que las espera.  
 Este admirable conjunto  
 gustó al rey en tal manera,  
 que juró en su corazón  
 dárló á un hijo por herencia.

\*  
 \* \*

Levantad, sombras ilustres,  
 un momento la cabeza,  
 volviendo de vuestras tumbas  
 a ver ésta villa egrégia:  
 sanfos, reyes, capitanes,  
 líferatos y poetas;  
 patricios que fuisteis muertos  
 por su libertad austera;  
 cuantos la hubisteis amado  
 en vuestra vida ferrena,  
 pronunciad el grato nombre  
 de la ibérica Etobesa,  
 de la Xerca entre musulimes,  
 de la Jérica moderna;  
 como antaño la llamaron  
 Tolómeo y Julio César;  
 y después por los emires,  
 pueblo, reyes y nobleza;

que al nombrar tan rica joya,  
 soñaban con poseerla,  
 el abad por su convento,  
 el noble por su riqueza,  
 los reyes por la corona,  
 y por su gloria Valencia.  
 No es mucho que la celebren  
 quienes conozcan de cerca  
 la villa que don Martín  
 para solaz eligiera;  
 mas las cosas de este mundo  
 cambian en tan gran manera,  
 que lo que ayer fué palacio  
 hoy es suntuosa iglesia;  
 y do asentó el rey don Jaime  
 su tienda de lino y seda,  
 se levanta memorable  
 el Peirón de la Cruceta.

#### CANTO SEXTO

---

## Un entierro general

La campana gorda al vuelo  
 y tres *dranques* por señal;  
 ¿quién ha muerto, quién lo sabe?  
 «Un pobre en el hospital,  
 que pasaba de camino  
 y aquí lo rindió su mal».  
 Así contesta una niña  
 a la pública ansiedad.  
 Cierto es el caso, señores,  
 pues la gente principal



viste de luto, marchando  
al cortejo funeral.  
Nunca sonaron tan claro  
en el alto campanar  
las campanas, pues lamentan  
por el duelo general.  
Tras la cruz grande de plata  
sigue el clero parroquial,  
honrando al pobre que, muerto,  
ve en Cristo su propia faz.  
Entona el preste piadoso  
la oración dominical,  
y con hisopo e incienso  
invoca la dulce paz.  
Y otra vez la cruz en alto  
y los bronces a doblar,  
cumpliéndose los extremos  
que prescribe el ritual.  
Siguen las gentes calladas  
al que llevan a enterrar,  
indiferentes al canto  
que no saben descifrar;  
pues oye, pueblo sencillo,  
lo que dice el salmodiar:  
«Misericordia, Dios mío,  
según tu grande bondad.  
Al corazón del contrito  
oh Dios, no despreciarás.  
Tú no quieres holocausto;  
quieres amor y humildad:  
mírame como a tu hijo,  
libértame de Satán,  
pues oigo batir sus alas  
como silbo de huracán;  
siento que hienden mis carnes  
fuertes toros de Basán;  
oigo rugir los leones

en medio de mi heredad.  
 Está angustiado mi espíritu;  
 fuí formado en la maldad:  
 júzgame, Dios de justicia,  
 conforme a mi integridad».

\* \* \*

Sabed que el alma del pobre  
 sin la cárcel corporal  
 es más rica que una reina  
 con su corona real.

Dijo Dios al pobrecito:  
 «Tú, mi amigo y familiar,  
 siéntate, pues a mi diestra,  
 que hijas de Tiro vendrán,  
 e hijas de reyes ilustres  
 tu gloria querrán cantar».

Pero al malo dijo Dios:  
 «Tú mis leyes enarrar?  
 tú aborreces el castigo,  
 y con la lengua haces mal;  
 confías en las riquezas,  
 y desprecias a tu igual:  
 ¡húndete, pues, en el fuego  
 por toda la eternidad!»

\* \* \*

El cuerpo del pobre cae  
 en la fosa popular  
 pagando a la madre tierra  
 el tributo sepulcral.  
 En vez de aquellos harapos,  
 otro vestido cabal  
 de cenizas ancestrales  
 de los nuestros vestirá;



y sus huesos descarnados  
 sin orden se mezclarán  
 con los restos venerables  
 de tu raza secular,  
 de quien te dió el apellido,  
 patria ilustre y dulce hogar.  
 Habrá esta noche en su tumba  
 alumbrado sideral;  
 es la luz que no se extingue  
 en la gloria celestial;  
 sólo habrá tiniebla espesa,  
 donde reine la maldad.  
 Así, pues, buen jericano,  
 esta costumbre ejemplar  
 consévala con ternura  
 como joya singular;  
 que la lápida esculpida  
 con epitafio versal  
 dilata entre vanidades  
 una memoria fugaz;  
 mas quién se pudre en la hoyanca  
 duerme en seno maternal.

#### CANTO SEPTIMO

---

## Un incendio en la era

Las campanas a rebato  
 tocan con gran clamoreo,  
 y en las nubes más oscuras  
 se refleja el rojo incendio.  
 Es de noche, y es la hora  
 en que es más pesado el sueño,

cuando suenan en las puertas  
recios golpes del sereno:  
«levántese, ífo Francisco,  
y véngase, desde luego,  
que está la hacina de un pobre  
en las tres-eras ardiendo.»

Estos gritos son oídos  
por todos en este pueblo;  
y nadie sigue en la cama  
indiferente o soberbio.

En tropel salen las gentes  
hacia el sitio del siniestro:  
no tiene una gran ciudad  
tan valerosos bomberos.

¡Qué llamas, cuanta humareda!

¡Qué gritos, que desconsuelo!

A un tiempo el clamor asciende  
con el humo al alto cielo,  
al notar que aquella hoguera  
puede, empujándola el viento,  
prender en otras hacinas  
y hacerlas pasto del fuego.

¡Agua! piden los valientes,  
que allí se cuentan por cientos;  
y corren hacia las fuentes  
con lo que encuentran primero,  
hombres, mujeres y niños,  
ansiosos de llegar presto,  
trayendo el agua que apague  
aquel voraz elemento.

Todos llegan a porfía  
con sus cántaros bien llenos;  
y en un punto, aquellas chispas  
y aquel cráter del averno  
pierden su fulgor satánico,  
y se abaten hasta el suelo.  
Termina la fiera hoguera



que al más fuerte daba miedo:  
 las serpientes encendidas  
 han muerto como nacieron.  
 La catarata implacable  
 avanza en rueda, cayendo  
 en las brasas moribundas  
 que acaban en fango negro.

### CANTO OCTAVO

## El rosario de la Aurora

Larga es la noche, y el sueño  
 pierde su influjo letal,  
 pues llega por el oriente  
 la primera claridad.  
 Cuando vibra la campana  
 en el viejo campanar,  
 como madre que a sus hijos  
 les invita a despertar,  
 se oyen voces concertadas  
 de un armonioso cantar;  
 unas son claras, de niños,  
 otras marcan gravedad.  
 Parece que van rezando;  
 oígaros, que llegan ya.  
 Padre nuestro y Ave María  
 son su tema principal.  
 «Padre nuestro» hermosa frase  
 de sentido universal:  
 donde a Dios no llaman padre,  
 no hay amor ni caridad.  
 Siguen, «que están en los cielos»;

y allí está nuestra heredad,  
que en la morada paterna  
como hijo podrás entrar,  
hallando víctima pingüe  
en banquete familiar.

Y piden, entre otras cosas,  
nuestro cotidiano pan;  
el mismo que con sudores  
en el campo y con afán,  
del trabajo y mil fatigas  
por sí mismos obtendrán.

«Ave María» repiten,  
muchas veces lo dirán;  
son las palabras más dulces  
que podemos pronunciar:  
son las que dijo Gabriel,  
mensajero celestial,  
cuando anunció la venida  
de Cristo a la humanidad.

«Madre de Dios», sigue el coro:  
¡oh, magnífico invocar!

Padre a Dios, madre a María;  
y el hijo, ¿quién lo será?  
será todo fiel cristiano  
que a la cruz sea leal.

Seguid, varones piadosos,  
dando la vuelta al lugar  
con la fe como divisa  
de vuestro empeño formal.

Cantad, mientras la alborada,  
aumentando en claridad,  
entona con blandos céfiros  
sinfonía matinal:

suenan el címbalo en la iglesia,  
se oye el gárrulo trinar  
de los millares alados  
que buscan del herbazal



la fresca, líquida perla,  
donde el iris preso está,  
y sorben aleteando  
de agua y luz porción igual;  
se oyen trémulas esquilas  
que se alejan sin cesar,  
con tan leve y dulce fono,  
que parecen suspirar.  
Cantad, cantad, jericanos,  
que en el coro natural  
dais la nota más aguda,  
del acorde musical.  
Rezad, seguid, mis amigos  
sin temor al qué dirán:  
yo también siendo muchacho,  
llevé gustoso el fanal;  
mientras se creían próceres  
los que, al oírnos pasar,  
no abandonaban el lecho  
por temor al lubricán.  
Canta el ave, canta el agua  
que va camino a la mar,  
canta el aire entre el ramaje,  
y ruge si es huracán;  
canta la luz, sus arpegios  
tus ojos te explicarán,  
pues el oído es muy basto  
para oír aquel vibrar  
de las Pléyades hermosas,  
de Sirio y Aldebarán,  
de los millones de estrellas  
que no se pueden contar;  
y cuando todo es un canto,  
¿sólo el hombre ha de callar?  
Unos entonan sus iras  
con aires de vendabal;  
y amenazan sus estrofas

con venganzas sin igual;  
 ¿y habéis de callar vosotros  
 que cantáis con humildad?  
 Flamea roja bandera,  
 de sangre y fuego volcán;  
 ¿y apagaréis vuestras luces  
 que al Cristo son luminar?  
 Se cantan coplas bailables  
 con ecos de lupanar;  
 y no hay freno que a sus voces  
 las haga al punto cesar;  
 ¿y habéis de callar vosotros,  
 cuando es libre el blasfemar?  
 ¡Cantaréis cuanto os plugiere,  
 que es derecho y libertad!

## CANTO NOVENO

### LA TORMENTA RECHAZADA

Un día del mes de julio  
 en que el sol deslumbra y quema,  
 el trillador a la parva  
 le da repetidas vueltas,  
 pues las nubes raudas vienen  
 anunciando la tormenta.  
 Cuanto más se azora el triste,  
 las nubes más breves llegan:  
 ya cubren los altos montes  
 con sus moles cenicientas;  
 y al buscar sobre los cerros  
 el azul que tanto alegra,  
 se oye el trueno fragoroso



que retumba con firmeza,  
repitiéndose su estruendo  
en los picos de la sierra.  
Por el Sur hay grandes cúmulos;  
y un rayo de luz bermeja  
salta de la obscura nube  
y va a caer en la Muela.  
Vuelven los hombres del campo  
sin traer carga las bestias,  
pues los truenos se repiten  
y el torbellino se acerca.  
El viento, antes tan manso,  
centuplica su carrera,  
y azotando los plantíos  
que cubre la polvareda,  
se oye silbar a las ráfagas  
que barren la tierra suelta.  
Ya caen algunas gotas  
tamañas como cerezas;  
y en cada gota de agua  
el rayo engendra una perla.  
El tableteo estridente  
en las alturas no cesa;  
y el imponente nublado  
amenaza con la piedra.  
¡Ay, Dios mío, si esto ocurre,  
perdidas son las cosechas!  
El fenómeno terrible  
amedranta con dureza;  
cuando un nuevo campeón  
en la confienda se mezcla:  
el «tente nuble» en la torre  
precipitado resuena,  
y el címbalo de San Roque  
refiñe que causa pena.  
Varios devotos acuden  
a luchar con fuerza nueva;

pues los cañones granifugos  
 demostraron su impotencia:  
 a la Divina Pastora  
 ante el nubarrón presentan;  
 y con fe pura y sencilla  
 ora cantan, ora rezan,  
 y le piden a la Virgen  
 que disipe la tormenta.

\* \* \*

¡Oh, prodigio sobrehumano!  
 parece que las centellas  
 huyen lejos, tras los montes,  
 a ocultar su furia artera.  
 Ya se aclara el cielo azul,  
 ya los pájaros gorjean,  
 y el arco iris en las nubes  
 su brillante banda muestra.  
 ¡Ya no retumban los truenos,  
 ya se acabó la tormenta!

### CANTO DÉCIMO

---

## Las tres ermitas

### Loreto

A ti elevo mis loores,  
 Virgen santa de Loreto,  
 que tienes tu linda casa,  
 de gracia cabal modelo,  
 en la plaza a que das nombre,  
 cual su mejor ornamento.



Restaurada la capilla  
 por el fervoroso celo  
 de un piadoso sacerdote  
 que ha sido tu limosnero,  
 hoy se puede desde el atrio  
 ver encendida allá dentro  
 la lámpara luminosa  
 que pende quieta del techo.  
 La luz, que perenne brilla,  
 lanza a fuera su reflejo,  
 y atrae los corazones  
 con su cándido misterio.  
 ¿Quién pasará por delante,  
 de la noche en el secreto,  
 sin rezar una oración  
 a la Virgen de Loreto?

### La Sangre (6)

En altar de mármol negro  
 de superficie bruñida,  
 se ve de Cristo en la cruz  
 una imagen peregrina.  
 La fe que arraiga en el pecho  
 a su vista, enardecida,  
 hace rodar por el rostro  
 una lágrima encendida.  
 Yo le admiré en el Calvario  
 ofreciendo a Dios su vida  
 por la redención del hombre  
 que sigue fiel su doctrina.  
 Si Macip pintó esta efigie  
 con arte que maravilla,  
 copia del Divino Amor  
 en mi alma está esculpida.

Una vez tan solo al año  
sale en triunfo por la villa,  
como Rey que en sus banderas  
los vientos calman sus iras.  
Muchas luces le acompañan,  
y otras mil al paso brillan,  
sostenidas por los fieles  
que al suelo dan las rodillas.  
Los devotos con sus hachas  
formando dos largas filas,  
y en religioso silencio  
que a la piedad nos inclina,  
en procesión ordenada  
como soldados desfilan.  
No hay comparsas de sayones,  
ni corozas con divisas;  
todo es serio, edificante,  
como el caso lo precisa;  
sólo se oye el miserere  
que con música castiza  
entona el coro, implorando  
de Cristo que nos redima.  
La oración está en los labios,  
el rocío en las pupilas,  
y el corazón siente el peso  
de la corona de espinas.  
¡Oh, Jesús, cuantos se salvan  
por tu cruz en sangre finta!

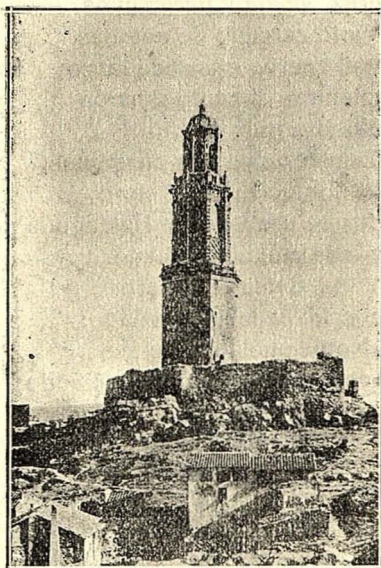
## San Roque

Subamos, huésped amigo,  
por las calles empinadas,  
atravesando portales  
y tres cercas torreadas.



No te detengas curioso,  
si ves lápidas romanas;  
déjalas para los sabios  
que de esas cosas se ufanan.  
En lo más alto del pueblo,  
entre el castillo y la Sala,  
la capilla de San Roque  
ha ocho siglos se levanta.  
Hay ruínas de una mezquita  
junto a la iglesia cristiana;  
si se han unido los muros,  
no se confunden las trazas.  
Dentro del templo veremos  
un retablo de gran fama;  
y Leonor de Portugal (7),  
con Pedro cuarto casada,  
vino enferma de la peste,  
y allí yace sepultada.  
De la puerta de la ermita  
se admira un gran panorama,  
donde la vista se extiende  
hasta la sierra escarpada  
de Espadán, a la vez hito  
del Mijares y el Palancia.  
Los ejércitos de Aníbal (8),  
por esas viejas calzadas,  
partieron en tres fracciones  
a la conquista de Italia.  
¿Veis esas humildes eras  
al parecer olvidadas?  
pues ahí quizá Sertorio  
ardió en la pira sagrada;  
y los fieles españoles  
de su guardia veterana  
de dolor y de vergüenza  
dieron pasto a las espadas.  
A nuestros pies corre el río,

cual serpiente plateada  
 que se esconde rumorosa  
 entre la bruma lejana.  
 Los valles con sus poblados  
 enriquecen la comarca;  
 y entre todos sobresale  
 esta villa celebrada.  
 Al pie del santo ermitorio  
 Jérica está reclinada,  
 como virgen que en las nupcias  
 luce sus mejores galas:  
 así aparece esta villa  
 con sus torres y murallas.



CANTO ONCENO

## El campanario <sup>(9)</sup>

Extrañóse un forastero  
 de ver este campanario,



separado de la iglesia  
 y en un cerro levantado.  
 Cató su forma ochavada,  
 sus tres cuerpos concertados  
 y los dibujos muzárabes  
 de sus ladrillos labrados;  
 sobre elegante linterna,  
 media esfera por tejado,  
 con tejas de varios tonos  
 que dan reflejos dorados;  
 de duro bronce es el águila  
 que se apoya sobre lo alto;  
 y sostiene entre las alas  
 cruz, veleta y pararrayos.

Violo cercado de aviones,  
 y al cuervo pasar de largo;  
 mientras el cauto gorrión  
 allí vive todo el año.  
 También oyó sus campanas,  
 de sonido fuerte y claro,  
 que se oyen desde Herragudo  
 y más allá del Collado.  
 Y así, decía el viajero  
 con tal belleza extasiado:  
 «Noble pueblo debe ser  
 «este que estoy contemplando;  
 «que en lo que llevo corrido,  
 «nada he visto tan gallardo».

\*  
 \* \*

¡Oh, torre, con qué dolor  
 tu historia vienes callando!  
 Naciste para la guerra,  
 de la Alcuía te llamaron,  
 y cien lanzas en tu adarve  
 brillaban junto a cien cascos.

Seis torrecillas en torno,  
 tu puerta estaban guardando;  
 y en vez de tanto ladrillo  
 y tanto bronce pesado  
 como abruman tu cabeza,  
 un centenar de soldados,  
 diestros en la jabalina,  
 en la flecha y el venablo,  
 eran tu guarda, tu honor,  
 y del pueblo fiel resguardo;  
 hasta que la media luna,  
 por influjo de los hados,  
 cedió el sitio y los honores  
 a la cruz de los cristianos.

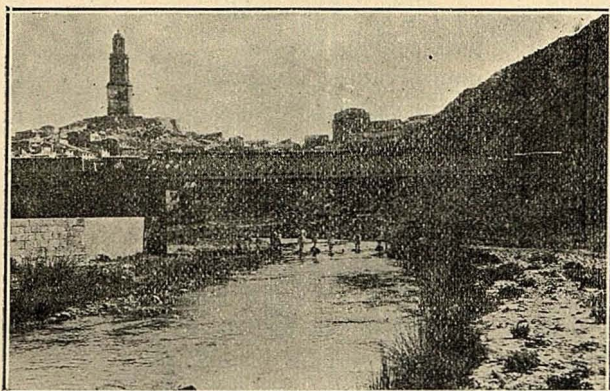
\* \* \*

Cuéntanos, cuéntanos, torre,  
 puesto que no tienes bardos,  
 por qué tu cuerpo primero  
 aparece remontado.  
 ¿Quién te ofendió de tal guisa,  
 que está patente el agravio,  
 pues los muros del castillo  
 acusan el mismo estrago?  
 Dinos, esbelta romana,  
 si fueron los propios bárbaros  
 quienes dieron a Etobesa  
 el faídico sudario.  
 Habla tú, torre bendita,  
 ¿quién fabricó aquel reparo  
 de las seis torres menores  
 que eran tu adorno más caro?  
 Callas, esfinge dormida?  
 Iré al sol a preguntarlo,  
 ya que tú con las campanas  
 usas lenguaje más alto,



ora invites a los cultos,  
ora le cuentes los pasos  
al corcel que por los cielos  
lleva de la luz el carro.  
Dime, sol, que cada día  
iluminas el picacho  
en que se asienta la torre  
convertida en campanario:  
¿es romana su estructura?  
¿es árabe lo renovado?  
¿quién clavó allí las traviesas  
de aquel árbol, consagrado  
por Minerva como símbolo  
de los pueblos hermanados?  
Y el sol me señala Egipto,  
la biblioteca y sus sabios;  
y me dice, como en Delfos  
declaraban los oráculos:  
«Estas dudas se disipan,  
y aparece el hecho claro;  
pues siguiendo a Tolomeo,  
de Alejandría el geógrafo,  
todos verán a Etobesa  
en el solar jericano».  
Yo te admiro, bella torre,  
en tu empleo cotidiano;  
tú no sirves al dios Marte,  
sirves al culto cristiano:  
saludas por la mañana,  
cuando Venus ha apagado  
sus luces ante la aurora  
que extiende su claro manto;  
inicias los festivales  
empinando los badajos;  
y al girar sobre sus quicios  
los bronces tan bien tímbrados,  
resuena toda tu mole

cual salterio soberano.  
 Alegres son tus volteos,  
 cuando celebras los fastos;  
 y en los funerales tañes  
 cual si estuvieses llorando.  
 ¡Ay, torre, que así plañías  
 en aquel momento amargo,  
 cuando a mi padre dejaban  
 en la tumba sepultado!



CANTO DUODÉCIMO

El puente de Benaval

Quiero cantar a este puente  
 que aparece tan esbelto:  
 «De piedra son los estribos  
 que sostienen el tablero,  
 y los cimientos penetran  
 bajo el nivel varios metros.  
 El río Palancia pule  
 los sillares de su asiento;



y al pasar las ondas rizas  
lanzando vivos reflejos,  
parece que se despiertan  
lucias ninfas de su sueño,  
y se oye suave susurro  
como desgrane de besos».   
Cierta día de verano,  
cerca del mil novecientos,  
en que el sol vistió a las nubes  
con ceñidores de fuego,  
vino la tarde esperada  
para salir de paseo,  
como recurso obligado  
al que está de veraneo;  
y en las orillas del río  
halla el ocio blando céfiro.  
Pasan las horas ligeras,  
como va veloz el tiempo  
para aquel que dulcemente  
hace de la vida un juego,  
sin pensar que los azares  
nos rodean bien despiertos.  
Seguía, pues, la ribera  
río arriba, ya buen trecho,  
una pareja sumida  
en juvenil devaneo;  
cuando se llena de angustia,  
al oír lejanos ecos  
de la borrasca que avanza  
con su vanguardia de fruenos.  
Pocos pasos dan los jóvenes  
con el corazón inquieto,  
pues las nubes voladoras  
corren ante el sol su velo.  
Llegan las rachas silbando  
contra el árbol corpulento;  
y el pájaro huye a su abrigo

suspendiendo sus gorgoros,  
mientras la feliz pareja  
ríe y sufre, todo a un tiempo.  
Los nubarrones oscuros  
envuelven los altos cerros;  
y el rayo mal contenido,  
salta de la nube al suelo  
con un estallido fúlgido  
que estremece tierra y cielo.  
Las tinieblas con su manto  
ocultan el valle entero,  
y sacuden de sus pliegues  
innumerables veneros  
que naciendo en las alturas  
rebrillan al rayo fiero.  
Transcurren así las horas,  
sin cesar lluvia ni viento;  
hasta que el monte desafa  
sus mil torrentes roqueros  
que conducen fragorosos  
hacia el río su refuerzo:  
¡y allá va... fuera de madre!  
y hallando el camino abierto,  
marcha cual toro iracundo  
que derriba sin recelo  
cuanto se opone a su avance  
arreatado y soberbio.  
Con el llegan grandes árboles  
arrancados de sus puestos,  
y mil arbustos bailando  
en rebalaje rastrero.  
Se oyen chocar los guijarros  
que voltean con estrépito,  
empujados por las aguas  
que encuentran el cauce estrecho.  
El turbión cubre los céspedes  
con aquel fango bermejo



que arrebató a los alfoces  
 de su fondo guijarreño;  
 y se presenta ante el puente  
 de Benaval que, sereno,  
 espera que la riada  
 pase de largo y sin riesgo,  
 como el río pasa siempre  
 tan apacible y sereno.  
 Mas aquella se detiene  
 ante el machón un momento,  
 como fiera que se encoge  
 para duplicar su esfuerzo;  
 y de un empujón terrible  
 parte el puente por el centro!...  
 Al punto las aguas triunfan  
 en aquel trance supremo;  
 pues al hundirse el pilar,  
 cae el puente ya deshecho  
 en la rugiente vorágine  
 que, abriendo fauces de cieno,  
 ¡sepulta en sus remolinos  
 piedras, maderas y hierros!...

\* \* \*

¡Oh, puente, cuán sin ventura  
 fuiste ante el río protervo!  
 Ni tus piedras ni tus vigas  
 quedan allí por recuerdo:  
 se hallaron estas forcidas  
 cauce abajo, pero lejos;  
 y las piedras quebrantadas  
 cual por furioso cantero...  
 ¡parece cosa imposible  
 que el agua pueda hacer eso!  
 Más que la falta del paso,  
 el desastre acucia al pueblo;

y sus valientes vecinos  
 preparan pronto remedio:  
 se levanta un nuevo puente,  
 sin tener pilar en medio,  
 ocupando el mismo sitio  
 en que estuvo aquel primero:  
 con los estribos más altos,  
 las traves de fuerte acero,  
 con barandilla y pretilles  
 de gracioso y rico aspecto;  
 desde los que otras parejas,  
 como aquella de mi cuento,  
 que arrebatada de amor  
 en el Jordán halló puerto,  
 se asoman sobre las ondas  
 hallando a su dicha espejo.  
 Y el jericano animoso  
 pasa el puente satisfecho;  
 pues pensando en la avenida  
 que produjo tal siniestro,  
 ¡canta y ríe triunfador  
 del río y sus desafueros!

### CANTO DECIMOTERCERO

---

## Las fiestas de la Divina Pastora <sup>(10)</sup>

Fértil Palancia,  
 que en Peñaescavia  
 nacen tus ondas  
 tan cristalinas;  
 tu ninfa grácil,  
 cual tus corrientes,

presta a mi canto  
 su dulce lira,

¡

\*\*\*

Hoy es la víspera



del magno día,  
 y el sol radiante  
 al pueblo inunda  
 de luz hermosa;  
 cuando la torre  
 lanzando al vuelo  
 toda su gama,  
 la fiesta anuncia  
 de la Pastora.  
 El canto agudo  
 de la dulzaina  
 y los redobles  
 del tabalillo  
 que un chico toca,  
 no alarman tanto  
 como las salvas  
 de los petardos  
 que estallan súbito  
 con seca pólvora.  
 Llega la noche  
 con pasacalles,  
 rosario público  
 y luminarias  
 que nos asombran;  
 cesa a las once  
 la serenata;  
 y al punto empieza  
 la gran *cordada*  
 que al moro evoca.  
*Borrachos* llaman  
 a esos cohetes  
 que corren sueltos,  
 ciertos devotos  
 de doña bota;  
 y entre cantares  
 de estilo rústico,  
 lanzan epífetos

para el clavario  
 de escasa bolsa.  
 Ya se oye el canto  
 «Bajan las cabras»  
 con que celebra  
 cada *salida*  
 la gente moza;  
 mas los cohetes  
 rugen rabiosos,  
 y en espirales  
 resplandecientes  
 giran y explotan.  
 Momento grave  
 trae el *cañizo*  
 que va esparciendo  
 las barrederas  
 que nos ensordan;  
 y entre corridas  
 y risotadas,  
 alguno siente  
 la quemadura  
 bajo la ropa.  
 La *cuerda* acaba;  
 y luego empieza  
 el fuego libre  
 de aficionados,  
 que dura una hora;  
 hasta que el toque  
 de la corneta  
 libra a las gentes  
 de sus temores,  
 y al sueño tornan.

\* \* \*

Llegado el domingo,  
 con el alba empieza



la alegre jornada  
 que al pueblo enajena:  
 primero la Aurora  
 y el Rosario rezan,  
 antes que el bullicio  
 estorbarlo pueda;  
 después la diana  
 que pasa ligera,  
 dulzainas, volteos  
 y salvas en la era.  
 Se alfombran las calles  
 de olorosas yerbas;  
 salen cabalgatas,  
 y a la grupa llevan  
 garridos muchachos  
 a lindas doncellas:  
 la música marcha  
 abriendo carrera;  
 y en más de cien pechos  
 se enciende una hoguera  
 que sólo la extingue  
 quien se abrasa en ella...  
 Tras largos repiques,  
 el culto en la iglesia,  
 lo mismo al concejo  
 que al pueblo, congrega  
 para oír la misa,  
 eje de la fiesta:  
 con flores y luces,  
 perfumadas sedas,  
 orador de nota  
 y escogida orquesta,  
 el santo misterio  
 con honor se ofrenda.  
 La tarde y la noche  
 el día completan  
 con dos procesiones

a cual la más bella;  
 y luego el castillo  
 por final se quema:  
 con fuegos brillantes  
 que en ruedas flamígeras  
 del sol y la luna  
 las fases remedan,  
 tras de tanto brillo,  
 nos deja en tinieblas.  
 La gente rendida  
 la plaza despeja;  
 y siguen los mozos  
 cantando a las bellas,  
 hasta que la aurora  
 dorando las crestas  
 auyenta la noche  
 con la última estrella.

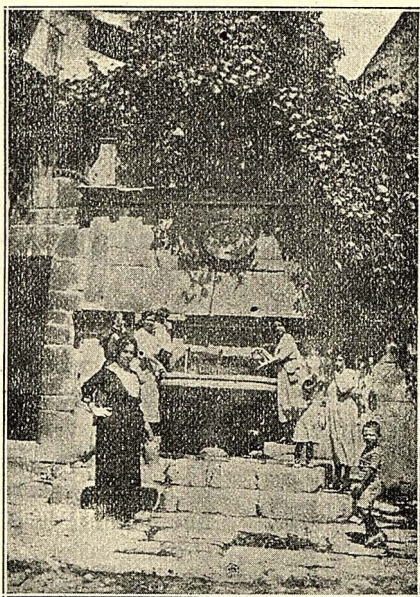
\* \* \*

Hay lidia de toros  
 la semana entera;  
 hay bailes nocturnos  
 de muchas parejas,  
 en torno al tederó  
 que alumbraba la escena.  
 Un tamborilero  
 sin cesar afluena  
 con ritmo monótono  
 tan grata tarea;  
 y a cada tonada,  
 al dar una vuelta,  
 se ven nuevas caras  
 que el gozo renuevan.  
 Hacia el medio día  
 comienza la brega  
 con rápida *entrada*



y toro de prueba.  
Después de la yanta  
sigue la capea,  
sin suerte de varas  
ni roja muleta  
que oculta el estoque  
mortal a la fiera;  
solo las garrochas

desde las barreras  
hostigan al toro,  
si la fuga intenta.  
¡Todo es algazara;  
no hay sangre en la arena!  
Así se divierte  
la gente en mi tierra.



CANTO DECIMOCUARTO

Despedida a mi patria

Adiós, fuentes y arroyuelos,  
que al río vais murmurando,  
donde prosperan las fruchas,  
las anguilas y los barbos.

Adiós, campiña risueña,  
con árboles bien cultivados,  
que dan frutos muy diversos  
hasta el aceite dorado.  
Adiós, la balsa mayor,  
de los riegos central vaso,  
cuya nocturna embalsada  
regula el caudal al campo.  
Tu murmurio de arroyada  
con el tren viene alterado:  
un túnel mina tu asiento,  
y un monstruo rugiente y raudo  
entra, sale, y con el pito  
proclama su triunfo extraño.  
Adiós, cuevas del Herrero,  
misteriosas desde abajo,  
donde caza el gavilán  
libre de todo cuidado,  
y el zorro febril husmea  
cuando oye cantar los gallos.  
Adiós, castillo y bastiones,  
de la villa digno marco;  
vosotros cantáis la gloria  
de este ibérico regazo.  
Adiós, parroquial iglesia,  
la del grandioso retablo,  
donde el oro brilla regio  
lo mismo en el tabernáculo,  
que en columnas, arquivadas,  
rosetones y entablados.  
Adiós, al santo hospital  
y lo mismo al campo santo,  
sin olvidar la alta cúpula  
del mutilado calvario,  
donde un estanque pueril  
a la piedad quita espacio.  
No olvidemos las aceñas,



ni la fuente, bello ornato,  
que en la plaza de Germán  
vierte el agua por tres caños  
en una faza ovalada  
de azulado y fino mármol.  
Adiós, villa coronada,  
que cuentas ya tres mil años,  
lo dicen tus viejos muros  
a quien quiera preguntarlo;  
lo prueban aquellas lápidas  
de los antiguos romanos,  
las torres que veis rendidas  
en la villa y por su campo.  
Sean tus templos y escuelas  
de tu ventura presagio,  
como así te lo desea  
quien va a terminar su canto.  
Adiós, aguas cristalinas,  
que manais por siete caños,  
tan tibias en el invierno,  
como frescas en verano:  
una vez yo estaba férvido,  
y os aplicaba mis labios;  
pero la sed no apagaba.....  
era ilusión de mi estado.  
¡Oh, fuente de Raudurías,  
bajo aquel nogal tan amplio  
que te sirve de espaldar,  
cuantas veces me he sentado!  
Desde allí se ve el castillo,  
la torre sobre el poblado,  
y al otro lado del río  
del monte asusta el sombrajo;  
se ven las ondas rielar  
en su marcha, río abajo,  
como se va nuestra vida  
hacia su fin, sin notarlo:

mas quien gozó en tales sitios.....  
¡cuán feliz es recordando!

\* \* \*

Cesen mis labios en tan gran porfía,  
que ya el vate cayó tras lucha dura.  
Triunfante el corazón, solo murmura  
la débil voz que, rica en fantasía,  
hasta los cielos conmovier quería;  
mas rendida, hacia el suelo se apresura;  
y en el pecho concentra eco y dulzura  
el cantor que expresó cuanto sabía.

Cante el valle florido y perfumado  
que circunda el solar de estirpe ibérica;  
báñense en luz que el río ha reflejado  
las torres dignas de rapsodia homérica;  
y el sol, en lluvia de oro desatado,  
forme el dosel do se entronice a Jérica.

## NOTAS

(1) Este es el nombre de una ciudad de la Edetania que, según Tolomeo, estaba situada a los  $39^{\circ}45'$  de latitud; mientras Edeta  $39^{\circ}25'$ , y Sagunto  $39^{\circ}51'$ . Y como la Celtiberia comenzaba en los montes Idubeda, hoy Sierra de Espadán, en dicha latitud no se hallan otros restos de importancia, más que los que se ven en Jérica.

Yerran, pues, quienes suponen caprichosamente que Jérica se llamó Laxeta o Serábica.

Y como los  $14^{\circ}40'$  que erróneamente se señalan como longitud para aquella ciudad, caen en terreno celtífero, y aún en la propia mar, no queda otro recurso que señalar a Etobessa en el lugar que ocupa Jérica.

(2) Según Estrabón, Sertorio y Metelo se batieron repetidas veces en las cercanías de Segobriga; y dada la poca distancia de Jérica a Segorbe, es verosímil lo que dice el verso respecto del particular.



Cuentan Estrabón y Velejo Patérculo que Sertorio fué muerto en Etoscae o Etobescae, en un lugar fuera de la Celtiberia; y como se sabe que esta tenía sus límites por el Sur en los montes Idubeda, debemos admitir fué asesinado en Jérica, y no en Huesca.

Esta población siempre se llamó Osca en la antigüedad; y este nombre no es confundible con el de Etobescae. Al efecto, consideremos la siguiente lápida:

HERCULI. P.  
 ENDOVEL.  
 TOL. V.V  
 OSCA  
 DEIS. etc.

Véase al P.<sup>e</sup> J. Traggia, tomo 2, pág. 204, existente en la Universidad de Valencia.

Sertorio debió ser asesinado en Jérica, después de la derrota sufrida cerca de Sagunto, a 70 a de C, habiendo peleado contra los ejércitos combinados de Pompeyo y de Metelo.

(5) Fué derribado el castillo, durante la segunda guerra civil carlista, por los años 1873 a 75, por disposición de los partidarios del pretendiente.

(4) La torre de los Hordaces, como otras que hay por la cuenca del Palancia, se llaman «torres de Aníbal, según Tito Livio; de las cuales decía que eran—«speculis y propugnaculis adversus latrones»—.

(5) El tres de mayo de 1233, asentó el Rey D. Jaime I de Aragón sus reales frente a Jérica en el sitio llamado la Cruceta, donde existe un peirón con una cruz de hierro, erigida bajo los auspicios de D. Nicolás Ferrer.

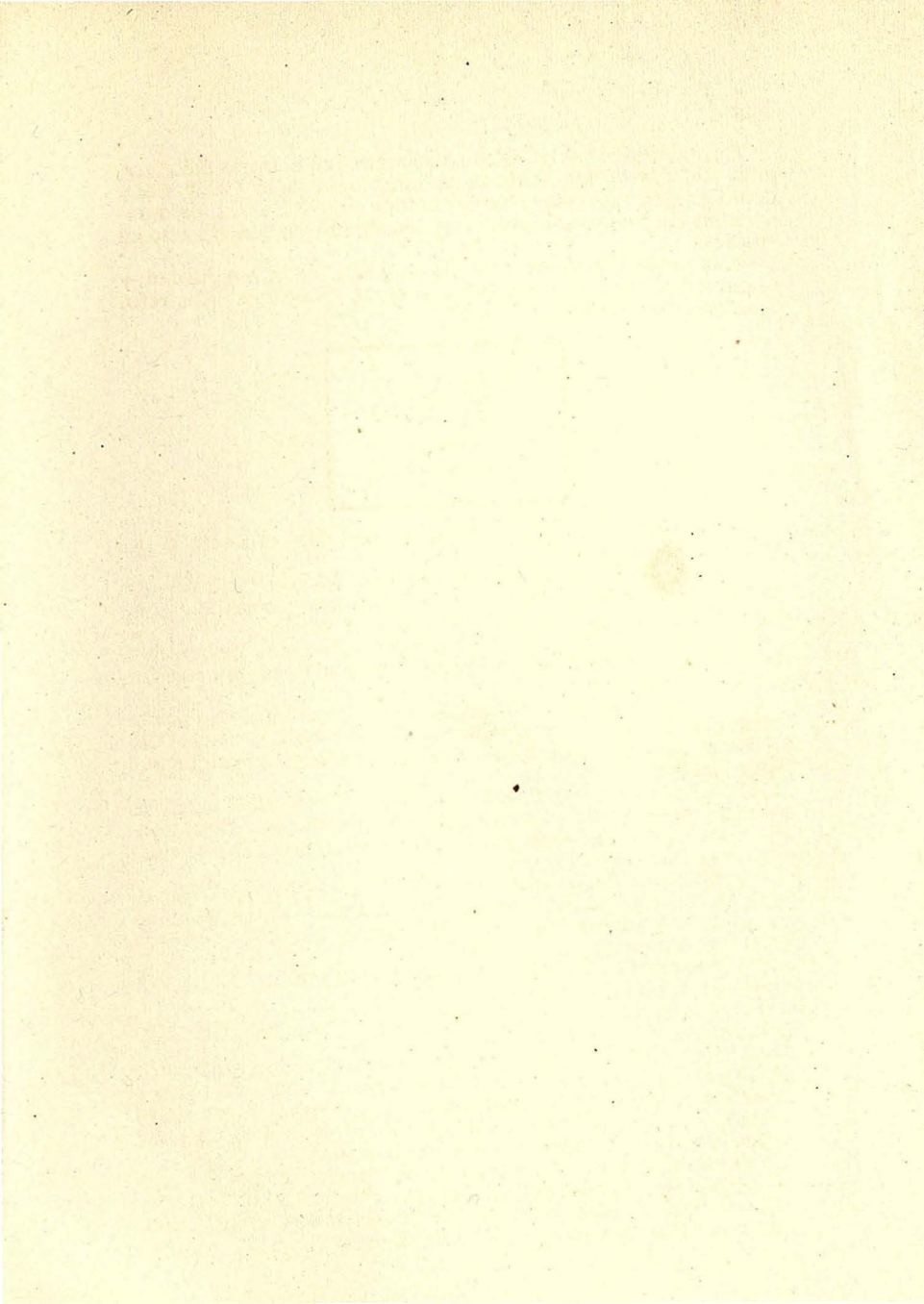
(6) El Santo Cristo que, con el título de «la Sangre», se venera en esta capilla, fué esculpido por Egidio Morlán, y pintado y dorado por Vicente Macip en 1552, según el recibo que obra en el archivo municipal de Jérica.

(7) Según Miralles del Imperial, en su Crónica, D.<sup>a</sup> Leonor murió y fué sepultada en Jérica.

(8) Tito Livio refiere que Aníbal hizo sus preparativos para la invasión de Italia, en Etobessa.

(9) El campanario de Jérica tiene tres cuerpos, el primero es procedente de un fuerte romano: sus paredes miden 21 palmos de arista a arista, y 23 de espesor; tiene 63 metros de altura hasta la veleta. Los dos cuerpos superiores se edificaron en el siglo XVII, para el objeto que hoy desempeñan.

(10) Estas fiestas se celebran en la tercera semana del mes de septiembre, y pasan por ser las más célebres de todo el año. Acuden muchos hijos de Jérica a participar de sus festejos, aunque vivan fuera y muy apartados de su país.





FRXX/